

Con la colaboración de:



**Ajuntament
de Barruera**



**Alta
Ribagorça**
Consell Comarcal

- © del texto: Jordi Badia Pérez, Luisjo Gómez Álvarez,
Milagros Guardia Pons y Francesc Ribes Juanati, 2018
- © del prólogo: Francesc Ribes Juanati, 2018
- © de las imágenes: sus autores y archivos correspondientes
- © de esta edición: Milenio Publicaciones SL, 2019
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com

Primera edición: marzo de 2019

ISBN: 978-84-9743-860-5

DL: L 23-2019

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL

www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

«Petó a la iaia, “muà”»

*A mi familia:
a Imma,
unidos abrimos camino
con pasos de amor;
a Jordi,
orgullo y esperanza siempre,
sea desde donde sea;
y a Santi,
juntos descubrimos las líneas
de comunicación del Valle.*

ÍNDICE

Nota del autor	9
Prólogo.....	11
Introducción	17
La primera gran pregunta	
O el porqué del alto desarrollo del Valle de Boí en la Edad Media.....	21
La segunda gran pregunta	
O cómo el Valle de Boí llegó a convertirse en un baluarte militar inexpugnable	41
Geoestrategia militar del Valle de Boí en la Edad Media	42
La tercera gran pregunta	
O cómo se defendía el Valle de Boí ante una invasión hostil	61
La cuarta gran pregunta	
O hasta qué punto hubo alianzas entre la nobleza y el poder clerical en el Valle de Boí.....	97
La quinta gran pregunta	
O la caída militar del Valle de Boí.....	113
La sexta gran pregunta	
O la decadencia y el resurgimiento del Valle de Boí.....	115

La séptima gran pregunta

O qué tienen de especial las pinturas románicas del Valle de Boí	137
La seducción por la pintura románica	139
Cuestionarlo todo	141
El expolio y la colección.....	142
Discrepancias de la <i>Maestas Domini</i> de Sant Climent de Taüll	155
Algunos rasgos diferenciales de las pinturas del Valle de Boí y, en concreto, de la <i>Maestas Domini</i> de Sant Climent de Taüll.....	161
Peculiaridades de la obra pictórica de Sant Climent de Taüll, la <i>Maestas Domini</i> (Pantocrátor).....	166
Epílogo.....	203
Agradecimientos.....	205

NOTA DEL AUTOR

Con el fin de distinguir la ficción del rigor histórico, el lector verá algunas anotaciones destacadas con distinta tipografía y encabezadas con las siglas MG, que se corresponden con observaciones de la Dra. Milagros Guardia.

Además, se intercalan textos enmarcados y diferenciados para distinguir determinadas narraciones acerca del hilo narrativo.

PRÓLOGO

Conocí a Jordi Badia en la presentación de la novela *El legado del Valle*. Me di cuenta de que coincidíamos en el interés y pasión por el Valle de Boí. Con el paso del tiempo, descubrí que nos unen muchas afinidades que se han convertido en amistad. Es un hombre inquieto, abierto, con una curiosidad sin límites, una personalidad poliédrica, rica y apasionada que topó con el Valle de Boí en un momento en que quería clarificar su vida y, desde entonces, allí vuelve siempre que puede, habiéndola convertido en referente de sus actividades literarias junto a su amigo Luisjo Gómez: *El legado del Valle*, *La cruz de Saraís*, *Desde las tinieblas*, y ahora esta original obra *Una mirada distinta al Valle de Boí y a la Alta Ribagorça*, que significa una novedad en las crónicas de viajes por el Valle de Boí. Como viajero que tiene el alma lejos, sabe escuchar, aprender y compartir. Ha mirado atentamente la historia, la vida y el presente de las personas de estos parajes.

El libro que tienes entre manos no es convencional. Partiendo del método

socrático, se plantea siete preguntas que todos nos hemos hecho en alguna ocasión. Arranca de leyendas subterráneas, del olvido, de la tierra y del paisaje y, en definitiva, de allí de donde emana la historia.

Aún así, el viajero tiene la sensación de que aquí no ha pasado nunca nada, que nunca ha habido grandes conmociones.

Lo que sí es verdad es que la romanización fue precaria en el Valle de Boí, por el aislamiento y el difícil acceso; los árabes, por su parte, solo practicaron esporádicas razias de botines, como los saqueos a Lavaix y Roda de Isábena. Es en el siglo X cuando comienza la época plenamente histórica.

De la tierra y del paisaje emana la historia. Vemos huellas del pasado: caminos, pueblos, iglesias, pinturas románicas, esculturas, abadías, castillos...

Los primeros habitantes sedentarios de lo que hoy es la Alta Ribagorça no podían imaginar que, en esta breve extensión, con algunas de las cimas más altas del Pirineo, un día habría

un conjunto de obras de arte del período románico única en el mundo. La fama y la gloria tardía del Valle de Boí y de la Alta Ribagorça se debe a la convergencia afortunada de una serie de factores originados por su entorno natural, intervenciones del hombre y acontecimientos históricos.

El Valle de Boí perdió gran parte de su importancia al finalizar la época medieval, y por eso, durante ochocientos años, no existieron variantes históricas notables. Esto ha permitido que el habla, los caminos, pueblos, iglesias y pinturas románicas llegaran hasta nuestros días conservándose lo esencial de aquel conjunto heredado directamente de la Edad Media.

La Alta Ribagorça es tierra fronteriza con Aragón, aunque fragmentada por curiosísimas y arbitrarias divisiones provinciales. No hace demasiado, todo formaba parte de una única entidad cultural, lingüística e histórica que llamamos Catalunya. La división provincial de 1833 nunca fue una frontera lingüística, humana, cultural, económica y de servicios públicos, en particular sanidad y educación. Así, en la franja de Aragón se habla una mezcla de catalán ribagorzano y aragonés arcaico. ¿Por cuánto tiempo? A partir del Estado de las Autonomías, nacen y se refuerzan unos «nacionalismos» que se utilizan por algunos partidos políticos para separar poblaciones y comarcas unidas por una cultura y una lengua. Quieren crear una «frontera mental» entre catalanes y aragoneses.

Los primeros habitantes del Valle de Boí, al parecer, fueron vascos. El veinticinco por ciento de los topónimos de la Alta Ribagorça son vascos, según Abadal. Después, los romanos, los visigodos, los árabes. La etapa de esplendor que dejó profundas y permanentes huellas es el Medievo. La historia, las leyendas y las tradiciones nos acercan a estos pueblos aún vivos, aunque habitados en gran parte por personas mayores. Todos son pueblos románicos que han sobrevivido al paso del tiempo.

Jordi Badia proyecta su mirada sobre las sombras del pasado y del presente queriendo ser fiel al paisaje de la Alta Ribagorça.

Paisaje y memoria muchas veces coinciden. Pero memoria y tiempo a menudo se destruyen y convierten los recuerdos en fantasmas. La visión de los paisajes que se ofrecen en este libro no es solo fruto de la investigación histórica —historia antigua llena de sombras— sino de haber pisado, una vez y otra, con su esposa Imma y sus hijos Jordi y Santi, los caminos que el autor tiene cerca del corazón.

Y son tantos los caminos como maneras de caminarlos.

Hay rincones donde el tiempo huye hacia adelante y otros, hacia atrás. Y la realidad del pasado es casi menos cierta que la del presente.

Este libro es una ventana a la memoria. Nos explica el Valle a través del tiempo y nos muestra la realidad con

imágenes y gráficos que satisfacen nuestra curiosidad. Nos aporta la plenitud de lo concreto.

Y también ofrece diversas catas de curiosidades, leyendas, cuentos mágicos y enigmas. Se nota que Jordi Badia se lo ha pasado bien escribiendo este libro. Ha creado complicidades, ha hecho amigos. Ha llegado a la ecuación entre vida, literatura e historia.

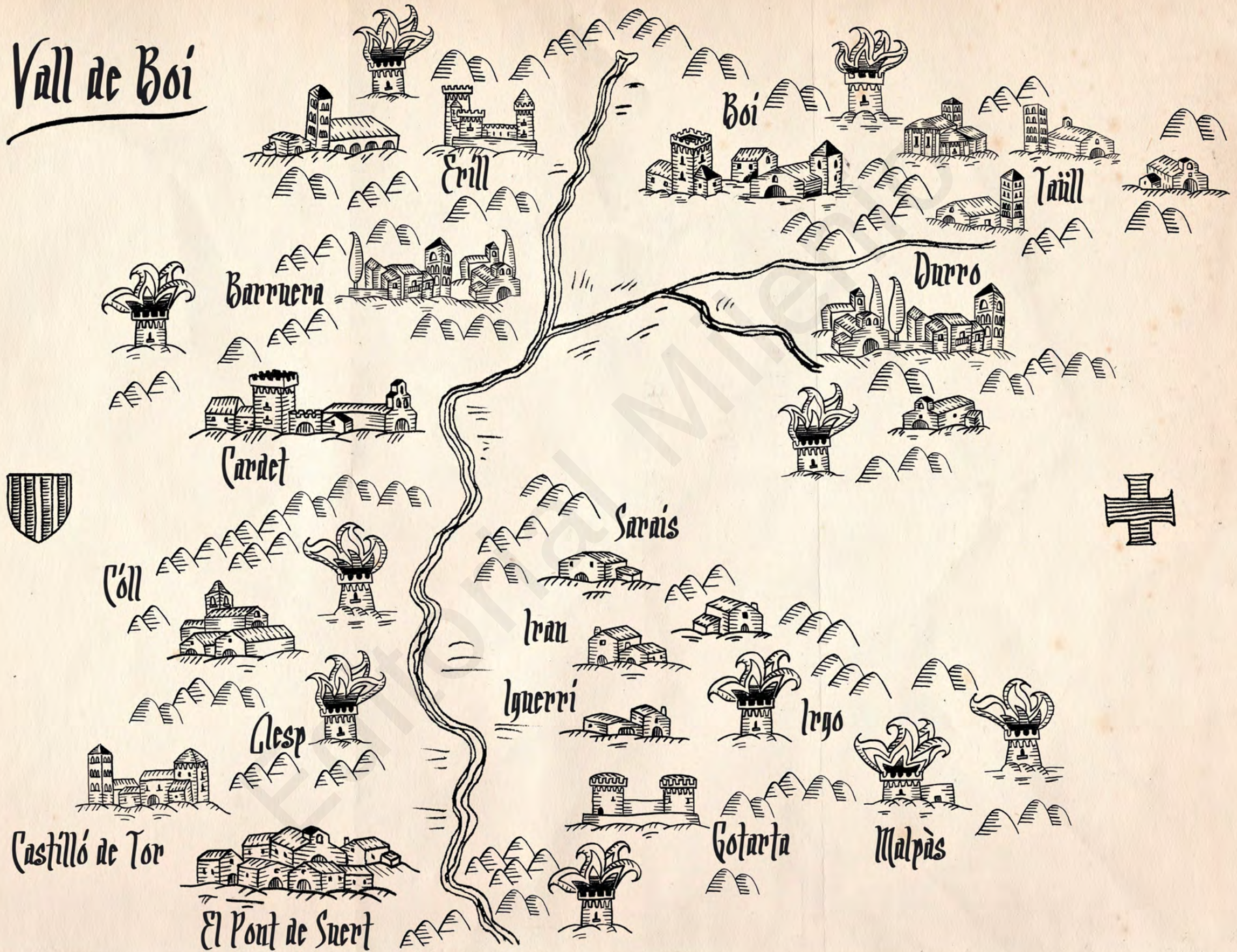
Sumergirse en el pasado es una manera de amar el Valle de Boí y la Alta Ribagorça. Hay otra manera de amar-

la: ser de aquí; y esto no significa solo haber visto aquí la luz, sino ver con claridad, quedarse atrapado para toda la vida por el Valle de Boí. Entonces uno debe quedar a sus órdenes, prestarle devoción cuando el Valle hace el honor de admitirle.

Es un placer recorrer y descubrir la Alta Ribagorça y el Valle de Boí de la mano de Jordi Badia. Es una experiencia inolvidable.

FRANCESC RIBES JUANATI

Vall de Boí



INTRODUCCIÓN

La primera vez que visité el Valle de Boí no fue por afán de conocer su historia o su arte; tampoco el deseo de cambiar de ambiente fue lo que me llevó a tan bello lugar.

Sucedió como consecuencia de la imperiosa necesidad de pisar a fondo el acelerador de mi vida y huir a toda prisa de la ciudad, de los ruidos y del ajetreo, en una etapa en que mi alma clamaba dolor y amenazaba con quebrarse.

Hallé entre montañas el refugio ansiado y pude comenzar a reconstruirme desde la quietud, el silencio, la introspección y el reencuentro conmigo mismo. Encontré en mi propia existencia una dimensión distinta, desconocida, bajo la que contemplé colores y aspiré aromas que hasta ese momento me habían pasado inadvertidos.

Mi piel se hizo permeable al entorno.

Los picos blanqueados se me presentaron como los brazos abiertos de una amante, en gesto de invitación a explorar sus rincones más íntimos, para

hallar satisfacción al descubrir los lugares de ensueño que el Valle alberga.

Desde entonces, cada vez que piso la zona, siento en cascada una amalgama de maravillosas sensaciones:

me disuelvo entre la inmensidad al alcanzar una cima pequeña o grande, tras librar en el ascenso otra batalla contra mí mismo;

me estremezco por un paisaje vivo, con esplendorosas sierras de cumbres escarpadas, con sus ríos de aguas revoltosas, con su fauna y su flora;

me fascina el mensaje románico que los antiguos dejaron escrito entre los muros de los templos;

me cautiva la historia del Valle, la memoria del último milenio desde que se construyeran sus pueblos, entre la lucha por la supervivencia y la epopeya, derramando lágrimas ensangrentadas, hasta convertir el lugar en un enclave distinto, diferenciado y próspero;

me enamoro de las virtudes que los vecinos del Valle llevan adheridas a la piel: entre otras, la bondad, la abnegación, la capacidad de trabajo, la cultura de subsistencia y la adaptación al medio en un perfecto equilibrio natural. En definitiva, todo aquello que ha mantenido la comunidad viva a lo largo de los siglos, pese a las dificultades, la incomunicación y los rigores climáticos;

y, sobre todo, me emociona olvidar mi yo cuando recorro senderos, para así convertirme en nadie, y solo a partir de ese instante, comenzar a vivir.

En el Valle de Boí, a diferencia de las grandes urbes, no existe la soledad ni el anonimato. Todos son alguien, y siempre hay una mano amiga dispuesta a ayudar.

Es posible que siglos atrás tomaran consciencia de que el cuidado al colectivo, el interés por lo ajeno, el auxilio al prójimo necesitado ha sido, es y será siempre determinante para el sostenimiento y el futuro de la comunidad.

Tal vez por ello la gente irradie un magnetismo especial, casi místico.

Vecinos y paisajes seducen hasta que uno queda atrapado para siempre por una región única, cuyo nombre proviene del latín, *Vallis Bobinus*, “el valle del bovino”, lugar de paso en las ancestrales rutas transpirenaicas de

la trashumancia a través de caminos que, cuando cayeron en desuso, abocaron al Valle de Boí a un aislamiento e incomunicación que se mantuvieron durante casi siete siglos, desde el fin de la Edad Media hasta la mitad del siglo xx. Larguísimo período gris de olvido y despoblación que, paradójicamente, ahora suscitan un alto atractivo, al haberse conservado la historia entre sus muros, casi en estado puro.

Mosén Gudíol, reputado arqueólogo y miembro de la expedición del Institut d'Estudis Catalans que en el año 1907 viajó al Pirineo, nos deja escrito en su manuscrito que «El Valle de Boí, hoy perdido y abandonado, debió tener en el siglo xii su edad de oro y época de bienaventuranzas y riqueza».

En el año dos mil, cuando las iglesias del Valle fueron declaradas Patrimonio de la Humanidad, ante la réplica de la obra cumbre del Valle, *Jesucristo en Majestad*, en la iglesia de Sant Climent de Taüll, estallaron en mi cerebro un alud de preguntas sin respuestas, con el agravante de que detrás de cada cuestión se me aparecía otra mayor, hasta erigirse ante mí un gigantesco enigma.

Aséptico de adoctrinamiento previo y carente de formación sobre la historia del arte —aunque tal vez, gracias a ello, sin prejuicios ni filtros previos de convencionalismos que, una vez interiorizados, influyen en demasía en el espíritu crítico— me negué a contem-

plar las expresiones de arte románico de forma independiente, aisladas del contexto. Algo que me llevó a conclusiones, en ciertos aspectos, chocantes respecto a la ortodoxia.

En el Valle de Boí, territorio con la mayor densidad de creaciones románicas de Europa, el arte no surgió de la nada; no se generó de forma espontánea; no es suficiente motivo el hecho de que los señores feudales contaran con ingentes riquezas que reinvirtieron en su tierra.

Todo debió ser consecuencia de algo superior que se remontara a los albores del Valle.

En el intento de hallar explicaciones, inicié una labor de investigación que me ocupó siete años, período tras el que escribí, junto a Luisjo Gómez, las novelas *El legado del Valle* y *La cruz de Saraís*. Entre tanto, nuestro gran amigo Josep Maria Vives, piedra angular de nuestras publicaciones, se ocupó de contrastar científicamente aquello sobre lo que hacíamos ficción.

Como se dijo a través de las ondas de radio, con ocasión de una entrevista, «[...] el gran protagonista de las novelas no es ningún personaje, ni el objeto, ni tampoco el legado, sino un paisaje que, a partir de ahora, miraremos con otros ojos: el Valle de Boí».

Porque, además de contar con rutas encantadoras y extraordinarios parajes, tiene a sus espaldas una trayectoria histórica singular, unas cos-

tumbres propias y unas tradiciones particulares. Es un lugar fértil en hazañas y epopeyas, en fábulas y mitos, en anécdotas y supersticiones mezcladas de religión.

Tal vez por eso el Valle, y por extensión la Alta Ribagorça, merecen una respuesta diferente, una explicación distinta que asegure la inmortalidad de sus orígenes, así como de gran parte de sus activos intangibles.

Sus muros milenarios todavía albergan magia, y por las juntas de las piedras que los conforman asoma aún la mística y la sangre de quienes lucharon por su tierra.

Les debemos tributo.

De ahí la necesidad de realizar un compendio ecléctico, desde distintas fuentes y perspectivas, en el intento de refundir el vasto alcance de un lugar impar.

Este libro, estructurado en un trayecto a través de los interrogantes que se me plantearon y las respuestas a las que llegué, quiere ser un complemento para el visitante al Valle. Una visión distinta y distante a la ortodoxa, desde la leyenda y la ficción, pero a la vez también desde el rigor histórico y la aplastante veracidad de hechos reales, presentes y constatables.

Una interpretación del lugar que, entre otras cosas, rescata pinceladas de la memoria popular que jamás deberían perderse.

Al referirnos al Valle de Boí, contemplamos lo que fueron buena parte de los dominios del señorío de Erill, más extensos de lo que administrativamente es en la actualidad.

Lejos de ensayos, estudios y doctrinas sobre historia y arte, o de guías

sobre rutas alpinas para especialistas montañeros, **deseo poner el Valle de Boí al alcance de cualquiera desde el entretenimiento y la simplicidad, de una manera fácil y rápida**, en el afán de que el lector perciba las mismas sensaciones que siento cada vez que piso tan sugerente lugar.



La primera gran pregunta

O el porqué del alto desarrollo del Valle de Boí en la Edad Media

El 30 de noviembre del año 2000, la UNESCO declaró el conjunto de las iglesias del Valle de Boí Patrimonio de la Humanidad. ¿Cómo puede explicarse que, en un lugar remoto, de orografía casi infranqueable, de clima extremo, con los míseros medios disponibles en la Edad Media, florecieran tales muestras de arte?

Penurias, acosos e invasiones, epidemias y muchas otras dificultades hacían que existiera una sola prioridad: sobrevivir un día más.

En ese escenario, en plena época feudal, ¿cómo fue posible que, en un área de unos pocos kilómetros cuadrados, se concentrara lo que en la actualidad son obras de arte de primer nivel mundial?

Ciertamente, no deja de ser extraño que, en una zona presumiblemente inhóspita, como debió serlo en la antigüedad el Valle de Boí, cristalizara un nutrido conjunto de obras románicas, con preciadas creaciones arquitectónicas, escultóricas y, en especial, pictóricas.

Es el lugar con mayor densidad de arte románico del mundo.

Y, tras la primera pregunta, surgen nuevas cuestiones:

¿Cuál es el origen de todo ello? ¿Qué provocó tal estallido de cultura? ¿Con qué recursos se pudo contratar a los mejores artistas y arquitectos, muchos de ellos de ascendencia lombarda? ¿Qué atractivos hubo para seducirlos en trabajos que podían durar décadas, más aún, considerando que en la Edad Media la esperanza de vida se situaba hacia los cuarenta años? ¿Con qué argumentos se les convenció para recalar en un enclave de clima extremo?

La versión oficial sostiene que el señorío de Erill, en sus batallas contra los sarracenos, consiguió cuantiosos botines que luego invirtió en el impulso del Valle, de la mano de los clérigos, con quienes mantenía lazos consanguíneos y una estrecha colaboración. Eso es